Diciembre mes único

Autor: Manolo Campa

Diciembre es un mes extraordinario. Los días son bonitos. El cielo, casi siempre libre de nubes, luce todo el esplendor de su azul. Durante el mismo, en el sur de la Florida, empezamos a disfrutar el agradable moderado descenso de la temperatura. El sol, durante el día nos calienta con sus rayos y añade belleza al verdor de los jardines y las arboledas. Pero, lo que lo hace único, es que al final del mismo celebramos la Navidad.

Lamentablemente, también en este mes, los estrategas del mercadeo han sembrado la necesidad de gastar, lo que se tiene y hasta lo que no se tiene, en la compra de regalos para familiares y amigos, jefes y compañeros de trabajo. Le han complicado la existencia a más de uno.

El trastorno mencionado en el párrafo anterior, antes de encontrarle solución, le restaba esplendor a mi vida de paz invernal. En una bien pensada decisión, renuncié a invertir tiempo en cuestiones de ese tipo. Le di un "voto de confianza" a mi mujer para que ella decidiera qué y a quién regalarle.

Con la sinceridad que se tiene con los amigos de confianza, admito que mis parientes me tienen en la categoría de los difíciles para hacerles regalos. Por eso, en la Navidad, los hijos me regalan, otra vez, lo mismo que me obsequiaron el Día de los Padres. Mi mujer y mi hermana alternan las prendas que me regalaron el día de mi cumpleaños.

Me llaman "quisquilloso" porque solo acepto calzoncillos atléticos blancos. Los de colores pasteles y florecitas o corazoncitos, los considero más adecuados para personas del sexo opuesto. El rosado y el violeta, en mi opinión, son colores apropiados para blusas… nunca para camisas de señores serios.

Confieso, sin propósito de enmienda, que no uso aretes en las orejas aunque lo hagan los "mastodontes" que juegan para los "Dolphins" de Miami y los admirados gigantes que ganan millones por encestar canastas en la Arena de baloncesto.

Pertenezco a una generación de hombres considerados retrógrados que solamente lucen en sus manos el anillo de compromiso. Además, como nunca fui, ni soy ahora, ejecutivo de algo, no estoy obligado a llevar brillo en las uñas. Y no uso anillito en el dedo de rascarse las orejas, porque prefiero ser llamado "old fashioned" por los que no me conocen que otra cosa por los que piensan como yo.

Los cachivaches electrónicos no están incluidos en mi lista de regalos. Me producen dolores de cabeza que trato de esquivar. El viejo control remoto del televisor lo manipulaba bastante bien… era el sencillo, original, que trajo el equipo para cambiar de canal y subir o bajar el volumen.

Pero todo se enredó cuando en una festividad nos regalaron un VCR con un nuevo control, lleno de botoncitos que nunca aprendí a usar. Ahí "se me llenó la cachimba de tierra": Ahora cuando quiero aumentar el volumen toco el botón equivocado y se queda mudo. Como no entiendo "ni papa" de lo que estoy haciendo tengo que pedir ayuda a los hijos… y con la mirada compasiva que me dedican me hacen sentir como uno de esos honorables ciudadanos de habla hispana que necesitan ir con un nieto para que les ordenen en "Má Dona": un "chisberguer" con "largo frais" y "cofi".

En contraste con las complicaciones antes mencionadas, me siento muy honrado cuando recibo una llamada o una carta de un amigo que llama o escribe para saber de mí y decirme "merri-crisma".

Durante los doce meses del año el repartidor del periódico lo ha traído a mi puerta puntualmente. El chofer del camión del formidable sistema de recogida de basura que disfrutamos en Miami ha hecho un impecable trabajo. El cartero ha dejado en mi buzón las cartas de mis amigos que me producen alegría… y los sobres con cuentas de gastos e impuestos que me entristecen. Aprovecho la tradición del "aguinaldo", el regalo que se da por las Navidades, para manifestarles mi agradecimiento por todo un año de estar bien servido. Y cuando sonríen agradecidos y estrechan mi mano, me dan una gratísima transfusión de espíritu navideño.

EN SERIO:

A nuestra disposición tenemos los doce meses del 2014 para emprender la grata aventura de hacer amigos, conocer nueva gente, celebrar triunfos comunes. 365 días para aprender a disfrutar otra música, gustar otros platos, conocer otras costumbres, otras tradiciones.

Por delante tenemos cuatro estaciones para unir nuestros esfuerzos a toda causa justa. Para aprender a sentir como propias las tristezas y las alegrías de otros aunque hablen con diferente acento. Para lograr hablar mejor otra lengua para comprender mejor otra cultura y poder ayudar a que comprendan la nuestra.

El mundo resulta un lugar mejor para vivir cuando descubrimos lo bueno que hay en otros seres humanos. Cuando son las cosas gratas de los demás lo que más nos impresiona de ellos. Cuando reparamos en sus faltas solo para ayudarlos a superarlas… y si nada logramos, aceptémoslos con sus defectos, que por reflejo, ellos nos aceptarán sin reparar en los nuestros.